

EVOCACIÓN DE GALÁN

*Roberto García Peña (AYAX)**

Al cumplirse cuatro años del alevé asesinato de Luis Carlos Galán, viene a nuestro recuerdo todo cuanto nos unió a su vida, tan rica en virtudes de la inteligencia y el carácter. Nos correspondió acogerlo en EL TIEMPO cuando ocupábamos la dirección del diario, previa la autorización del doctor Santos, quien en un periódico de la Universidad Javeriana había tenido oportunidad de leer un interesante artículo suyo. Más o menos simultáneamente ingresaron al periódico Enrique Santos Calderón y Daniel Samper Pizano. Los tres –Galán, Santos y Samper– se hicieron fraternales amigos. Los tres aportaron a EL TIEMPO un saludable aire de juvenil renovación. Galán nos asistía de modo especial en los temas relacionados con la economía. Desde un principio nos

sorprendieron el brillo de su inteligencia y la sagacidad de sus sesudas observaciones.

Corrieron los días y cada vez era más cierta la madurez de su claridad mental. Nos preciamos de haber conocido a Galán muy cabal y hondamente. Y ello porque el destino nos deparó la fortuna de asistirlo desde las horas iniciales de su brillante carrera hacia la gloria. Esa gloria que por artera decisión de la delincuencia no logró plenamente en la Tierra, mas que ya debe haberla alcanzado en el celestial mundo de los elegidos; porque Galán fue desde el amanecer de su inteligencia un elegido, dados los muchos dones de su mente, y la fulgurante virtud de su esclarecido espíritu. Y decimos que lo conocíamos entrañablemente porque tuvimos el privilegio de tenerlo en EL TIEMPO, cuando apenas comenzados sus años mozos llegó

* *El Tiempo*, 22 de agosto de 1993, p. 5-A.

al periódico –previa la autorización del doctor Santos– sin otro título que el de sus claros talentos y su precoz cultura en temas al parecer tan áridos como los referentes a la economía, ciencia que a la sazón cursaba –simultáneamente con la de jurisprudencia– en la Universidad Javeriana. Y así como decimos se inició como comentarista de temas económicos, naturalmente con los tropiezos comunes al aprendizaje de todo menester que por vez primera ensayamos. En tiempo menor del imaginado en un aprendiz del no fácil quehacer, Galán empezó a manejar un estilo más desenvuelto y ágil, y a poco andar sus glosas merecieron el honor de la columna editorial del periódico y en su dirección nos asistió intelectualmente. Designado ministro de Educación por el presidente Pastrana, apenas cumplidos sus 26 años, resolvió apresurar su grado, y como ya había terminado sus estudios y su tesis, pidió al Padre Giraldo improvisar un acto privado, y un mediodía nos reunimos en la oficina del prestigioso decano, los padres del graduando, Mario Galán Gómez y Cecilia Sarmiento de Galán, el Padre Giraldo, el secretario de la facultad, acaso uno de sus hermanos, y quien estos recuerdos escribe. Así, en la intimidad familiar se hizo Doctor en Leyes y Economía Luis Carlos Galán Sarmiento, flamante juvenil ministro de Educación, importante cartera con cuyo ejercicio tomó Luis Carlos contacto con la Administración en un ramo muy afín

con las predilecciones de su espíritu. Y como Ministro le correspondió firmar su propio diploma.

Como atrás decimos, en EL TIEMPO Luis Carlos Galán hizo amistad fraterna con Enrique Santos Calderón y Daniel Samper Pizano, por ese entonces iniciándose ellos ya, con igual fortuna en “el oficio más hermoso del mundo”, según lo definió Albert Camus. También conoció en el periódico a la inteligente colega Gloria Pachón, quien habría de ser su esposa ejemplar, valioso y seguro apoyo moral para Luis Carlos en todas sus horas de combatiente idealista. Idealista sí, porque eso fue Galán a lo largo de su malvadamente truncada vida. Idealista promovedor de ideales en la vasta cauda humana que fervorosamente nos rodeaba. Ideales de un idealismo moral e ideológicamente más puro, más austero, más auténticamente liberal. Y en su intenso batallar por la honestidad de las costumbres colombianas, estuvo siempre en primera fila, entre los más tenaces adversarios de aquel flagelo. Ese cáncer nefando que está destrozando el cuerpo, ya casi sin vida de la Patria. Por eso lo mataron. Porque su ardiente palabra de caudillo del pueblo perjudicaba sus siniestros fines. Porque, ¿por cuál otra razón podrían tronchar una existencia, espiritualmente tan diáfana, tan próxima ya a la magistratura que la voluntad de las mayorías le tenía señalada?